

LA SANTA MADRE IGLESIA

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



ON aire religioso y garbo teologal, bellamente se ha dicho: Que la Iglesia es la forma divina del mundo. Porque asi como la materia tiende a unirse con la forma, el mundo suspira, con gemidos inenarrables, por el complemento maravilloso de la Iglesia de Dios. ¿Qué sería de la Humanidad sin la Iglesia? Una noche larga,...., sin luna y sin estrellas. Un día crepuscular, sombrío, sin calor central.

Pero la Santa Madre Iglesia, embellecida con la joya del espíritu, fulge como misterio de amor eterno. Y de ahí el hechizo de aquella fórmula elaborada en el alma de Santa Maria Margarita de Alacoque, cuando exclamaba, en orden al ser de la Iglesia: Un Dios, un Corazón y un Amor. Servir y amar, fue, sin duda, la misión augusta, encomendada por el Salvador Jesús a su Iglesia.

Cierto que, en la venerada enciclica sobre el Cuerpo Místico de Cristo, Pio XII, espejo de ortodoxia, nutrido además, de la rica savia agustiana, y situado al nivel de los Santos Padres, advierte, cómo la Iglesia brotó un día memorable, en el árbol santo de la Cruz, del costado abierto de nuestro Divino Redentor, de tal modo que, el último latido de su Corazón, fue el primer impulso vital de la Iglesia.

Por ello, la Santa Iglesia Católica, desde su nacimiento, viene realizando, día tras día, año en pos de año, y siglo tras siglo, la vida de Jesucristo, cuyo cuerpo místico es: La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, es la persona moral y social de Cristo, es la mensajera de Cristo y de su divino magisterio. En ella está la enseñanza de toda verdad, el fomento de toda virtud, el amparo de toda flaqueza, el remedio de todos los males.

Por medio de la Iglesia Santa, el divino afán redentivo de Jesús, se hace perenne a todas las generaciones y su doctrina llega auténtica, en ráfagas de luz y de amor, hasta los últimos confines de la tierra, según los claros designios de Dios.

Señal levantada en medio de las naciones, la Iglesia, es montaña de

luz y de amor que alza su frente soberana por encima de las cumbres más elevadas. Ciudad, hermosa y resplandeciente, edificada sobre un monte para que luzca y todos la vean y la amen con delirio. En frases de Pablo VI, la Iglesia ha de ser el signo alzado en medio de los pueblos, para ofrecer a todos segura orientación en su camino hacia la verdadera vida.

Con la voz de su liturgia rebotante de misterio, de claridad y dogma, lleva las almas a Cristo Jesús, y hace de los hombres peregrinos de lo eterno. Digamos, que la Iglesia, es el mismo Jesucristo en la Historia, realizando, sin cesar, la ingente y maravillosa obra santificadora de las almas. Para San Agustín, volcán de sabiduría y santidad, la Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mismo y los consuelos, de Dios, pero siempre victoriosa.

Además, la Iglesia es nuestra «Madre y Maestra», según el pensamiento radiante del Vaticano II. La Maestra que ha iluminado el mundo con la antorcha refulgente de su ciencia divina y humana. Donde quiera que ha florecido tan gran Maestra de la verdad, los sabios más ilustres han rendido a los pies de esta soberana de los entendimientos, las coronas ganadas en los briosos combates de la sabiduría, inclinando sus frentes laureadas ante la majestad de la única Maestra infalible.

Y también palpita en el corazón de la Iglesia, el gozoso sentimiento de maternidad: La Maternidad sobrenatural de la Iglesia penetra con santa fecundidad, su prodigiosa existencia creadora. Porque ella, es la Madre que nos ha engendrado a la vida de la gracia, por medio del bautismo, operándose una transformación ontológica: el hombre de pecado se viste con la túnica de la gracia santificante, reforzado, después con la virtud difusiva de los demás sacramentos, canales por donde llegan a las almas los frutos copiosos de la Redención. Para la Madre Iglesia, la tierra entera es su hogar, y los hombres, sin posible discriminación sus hijos: La Iglesia es la más augusta de las madres del mundo.

Ahora que, aparte de la gracia sacramental de la sagrada liturgia, de la ordenación de la jerarquía, la fuente primaria de la eficacia santificadora, en frases de luz del Pontífice reinante, nace de la íntima unión con Cristo, en la que, en modo agudo, puede pensarse sin la participación de María, Madre del Verbo, tan divinamente implicada, en la salvación del género humano. Así, «María, Madre de la Iglesia», es también Madre adorada del pueblo de Dios, que la invoca y la ama, como a celestial Señora.

Todo el orbe está como ungido del aroma sagrado de la Iglesia. Su palabra, solemne y misericordiosa, es la única voz, de paz y de amor, que señala y recuerda los destinos eternos. Hasta esa espléndida flora-

ción de reformas sociales que ilumina el mundo del trabajo y la producción, son páginas inmortales del Evangelio, convertidas en Leyes y reglamentos en beneficio de los obreros. Sin Jesucristo primero, y la Iglesia después, no hubieran sido posible en la Historia, ni las justas reivindicaciones de los trabajadores, ni el logro de sus aspiraciones legítimas, en orden a su participación en la renta nacional de los pueblos civilizados. Desde el rojo clavel apostólico de San Pablo, hasta la genial y apremiante «Populorum Progressio» de Pablo VI, la Iglesia ha sido, y lo seguirá siendo, vuelo y escala, por donde van ascendiendo los productores humildes, al empuje vigoroso del trabajo santificador.

De este modo, la Iglesia católica es la institución más importante del mundo: Ninguna nación, ningún pueblo, ningún Estado, ningún organismo por importante y poderoso que sea, puede compararse con la Iglesia de Jesucristo. Porque, ella y solamente ella, es la que contiene, todas las gracias, todos los dones, todas las virtudes, todas las misericordias y todos los poderes que Jesucristo dejó en la tierra, para santificar las almas y conducir las por el camino de la salvación eterna.

Todo esto, y mucho más todavía, es la Iglesia Santa de Jesucristo.

P E N S A M I E N T O S

¿Quién fue más feliz, Werther o don Juan? Sin duda Werther: don Juan consideraba el amor como un asunto cualquiera, cotidiano; mientras el héroe alemán dedicó toda una época de su vida a acomodar realidades a su vehemente deseo.

STENDHAL

Para llegar al amor es preciso dar muerte a muchos amores.

REMY DE GOURMONT

...pero ¡qué bendición tan grande es santificarse mutuamente, marido y mujer!

THÉVENIN

Los vicios son propios de los hombres, no de los tiempos.

SÉNECA